

mero 127. ¿Fue verdaderamente una revolución?

El motin hizo del centro de Paris una especie de ciudadela intrincada, tortuosa, colosal. Allí estaba el foco; lo de otras partes eran escaramuzas, y la prueba de que allí se habia de decidir la cuestion, era que allí no habia empezado la lucha aun.

En algunos regimientos los soldados estaban indecisos, lo que aumentaba la incertidumbre terrible de la crisis; dichos soldados recordaban la ovacion popular que recibió en Julio de 1830 la neutralidad del regimiento 33.º de línea. Mandaban las tropas dos generales intrépidos de las grandes guerras, el mariscal Lobeau y el general Bugeaud; éste á las órdenes del primero.

Iban reconociendo las calles sublevadas partidas en gran escala, compuestas de batallones de línea, á los que rodeaban compañías enteras de guardias nacionales y á las que precedía un comisario de policía.

Los insurgentes á su vez ponian vigías en las esquinas de las encrucijadas y enviaban con audacia patrullas fuera de las barricadas. Se acechaban por ambas partes. El gobierno, que tenia un ejército en la mano, titubeaba. Se acercaba la noche y se oía el toque de rebato en Saint-Merry.

El ministro de la Guerra, el mariscal Soult, que estuvo en Austerlitz, examinaba el motin con aspecto sombrío. Estos viejos marinos, que están acostumbrados á las maniobras correctas, sin más recurso ni guía que la táctica, que es la brújula de las batallas, quedaban desorientados ante la espuma inmensa que se llama cólera pública.

El viento de las revoluciones no es manejable.

Los guardias nacionales de las cercanías acudían de prisa en desorden. Un batallón del regimiento del 12.º ligero venia á paso de carga de San Dionisio; el 14.º de línea llegaba de Courbevoie; las baterías de la Escuela Militar se habian posesionado de Carrousel; la artillería bajaba de Vincennes.

En las Tullerías habia completa soledad: Luis Felipe, sin embargo, estaba muy sereno.

Originalidad de Paris.

Durante dos años, Paris habia sido teatro de algunas insurrecciones. Fuera de los barrios sublevados, nada es tan extrañamente tranquilo como el aspecto de la gran ciudad durante el motin.

Paris se acostumbra pronto á todo, y tiene tantos negocios, que no se ocupa de una cosa tan insignificante como un motin. Solo las ciudades colosales pueden ofrecer semejantes espectáculos; solo los inmensos centros de poblacion pueden contener en su recinto guerra civil y extraña tranquilidad al mismo tiempo.

Habitualmente, cuando empieza la insurreccion, al oír el toque de llamada del tambor, el tendero se limita á decir:

—Parece que hay jarana en la calle de San Martin ó en el arrabal de San Antonio.

Algunas veces añade con aire indiferente:

—O en alguna otra parte.

Luego, cuando llega á sus oídos el extrépito horrible y lúgubre de la fusilería y de las descargas por pelotones, exclama:

—Se vá formalizando! ¡Parece que se calienta el horno!

Después, si vé que se aproxima el motin, cierra apresuradamente la tienda y se pone en seguida el uniforme; es decir, deja seguras sus mercancías y expone su persona.

Mientras se fusila en una encrucijada, en un pasaje ó en un callejon; mientras se toman y se pierden barricadas; mientras corre la sangre y los cadáveres se amontonan en las calles, se oye el choque de las bolas de un billar inmediato.

Los teatros abren las puertas y representan vaudevilles; los curiosos charlan y rien á pocos pasos de las calles donde es cruda la pelea; los coches hacen viajes; los vecinos salen á comer al campo, y á veces esto sucede en el mismo barrio donde está empeñada la lucha. En 1831 suspendieron una descarga para dejar pasar una boda.

Durante la insurreccion del 12 de Mayo de 1839, en la calle de San Martin, un viejo achacoso, que llevaba un carretón cargado de garrafas de refres-

cos, iba y venia, desde una barricada hasta la tropa y desde la tropa hasta la barricada, ofreciendo su género imparcialmente á la anarquía y al gobierno.

Esto es muy raro, pero es propio del carácter de los motines de Paris, y esto no sucede en ninguna otra capital, porque para que suceda se necesitan dos cosas: la grandeza y la alegría de Paris; es preciso ser la ciudad de Voltaire y de Napoleon.

Sin embargo, en la alarma del 5 de Junio de 1832 la gran ciudad sintió algo que era quizás más fuerte que ella. Tuvo miedo. Se vieron en todas partes, hasta en los barrios más lejanos y más indiferentes, cerradas las puertas y las ventanas en pleno dia. Los valientes se armaron y los cobardes se escondieron. Desapareció el transeunte curioso ó desocupado y muchas calles estaban desiertas como á las cuatro de la madrugada. Se referian por todas partes hechos alarmantes y noticias fatales.—Que los sublevados se habian apoderado del Banco; que solo en el claustro de Saint-Merry habia seiscientos, concentrados y parapetados en la iglesia; que la tropa de línea no inspiraba confianza; que Armand Carrel habia ido á ver al mariscal Clausel, y que éste dijo:—*Contad antes siquiera con un regimiento*; que Lafayette estaba enfermo, pero que habia dicho:—*Soy vuestro*; que era preciso estar con cuidado, porque habia gente dispuesta para saquear á la noche las casas aisladas de los extremos de Paris; que habian establecido una batería en la calle Aubry-le-Boucher; que Lobau y Bugeaud estaban de acuerdo, porque á la media noche ó al rayar el dia se lanzarian á un tiempo cuatro columnas contra el centro del motin, la primera desde la Bastilla, la segunda desde la puerta de San Martin, la tercera desde la plaza de la Grève y la cuarta desde el Mercado; que no se sabia lo que sucederia, pero indudablemente algo muy grave. Tambien les preocupaba en gran manera la vacilacion del mariscal Soult y extrañaban que no atacase en seguida. Estaba profundamente pensativo: el viejo leon parecia que olfateaba en la oscuridad á un monstruo desconocido.

Llegó la noche y los teatros no se abrieron; las patrullas circulaban irritadas; registraban á los transeuntes, detenia á los sospechosos. A las ocho de la noche tenian presas á más de ochocien-

tas personas; la Prefectura estaba llena, la Conserjería atestada y la cárcel de la Fuerza tambien.

Los vecinos se fortificaban en las casas; las mujeres y las madres estaban inquietas y angustiadas. Solo á lo lejos se oía rodar algun coche. Al pasar por las puertas sonaban rumores, gritos, tumultos, ruidos sordos y confusos, palabras sueltas:—“Esa es la caballería,” ó “Son furgones que galopan.”—Se oían tambores, clarines, tiros, cañonazos y el toque á rebato de Saint-Merry. Los hombres salían por detrás de una esquina y desaparecían gritando:—“Encerraos en casa.” Y todos se apresuraban á pasar los cerrojos de las puertas. Algunos preguntaban:—“En qué parará esto?” Por momentos, á medida que iba entrando más la noche, Paris parecia que se coloraba más lúgubremente con el terrible fulgor del motin.

LIBRO UNDÉCIMO.

El átomo fraterniza con el huracán

I.

Algunas aclaraciones sobre los orígenes de la poesía de Gavroche. Influencia de un académico sobre su poesía.

Desde el instante en que surgió la insurreccion del choque del pueblo y de la tropa enfrente del Arsenal, empezó un movimiento decisivo de delante hacía atrás en la muchedumbre que seguía al féretro, la que en toda la longitud de los boulevares pesaba, por decirlo así, sobre la cabeza de la comitiva y produjo espantosa confusion.

Se conmovió el tropel, se rompieron las filas y todos corrieron á un mismo tiempo, los unos atacando y huyendo los otros.

El gran rio humano que corria por los boulevares se dividió en dos, y en un santiamén se desbordó á derecha é izquierda y se extendió en torrentes por doscientas calles á la vez, con la impetuosidad de una exclusiva que dejan abierta.

Un muchacho haraposo, que bajaba por la calle de Menilmontant y llevaba en la mano una rama de citiso en flor, que habia cogido en las alturas de Belleville, dividió en la delantera de una

prendería una pistola de arzon vieja. Echó al suelo la rama florida y gritó á la prendera:

—Tía Fulana, me llevo prestado este trasto.

Tomó la pistola y se fué á escape con ella.

Dos minutos despues, unos vecinos espantados, que huían por la calle Amelot y por la de Basse, encontraron al muchacho, que blandía la pistola é iba cantando:

*De noche nada se vé
hasta que el alba apunta,
el apócrifo escrito
al señor espeluzna.
Practicad la virtud
como nos dice el cura.*

Era Gavroche que marchaba á la guerra.

Cuando llegó al extremo de la calle notó que la pistola no tenía gatillo.

¿Quién era el autor de la canción que le servía para marcar el paso y de las demás canciones que cuando le ocurría cantaba con cierta gracia? Lo ignoramos; quizás él mismo era el autor. Por otra parte, Gavroche estaba al corriente de todos los trinos populares que en aquella época eran de moda, y mezclaba con ellos sus propios gorjeos. Era un diablillo y un galopin que hacía un galimatías de las voces de la naturaleza y de las voces de París; combinaba el repertorio de los pájaros con el repertorio de los talleres. Conocía á muchos discípulos de artistas que constituían una tribu contigua á la suya. Había sido tres meses aprendiz de imprenta. Un día llevó un recado al señor Baour-Lormian, que era uno de los cuarenta miembros de la Academia.

Gavroche era un pilluelo literato.

Dejando aparte sus aficiones literarias, estaba lejos de figurarse que en aquella noche lluviosa, que ofreció hospitalidad á dos pequeñuelos en el elefante, había hecho con sus propios hermanos el oficio de Providencia; con sus hermanos por la noche y con su padre por la madrugada.

Cuando al amanecer salió de la calle de las Danzas, regresó á escape al elefante, sacó de allí á los dos chicuelos, partió con ellos el desayuno que improvisó y luego se separó, confiándolos á esa buena madre que se llama la calle, que es la que á él le crió. Al separarse de ellos los citó para que acudieran por la noche al mismo punto, enjaretándoles por vía de despedida este pequeño discurso:

—Yo ahora tomo las de Villadiego, ó de otra manera, me najo, ó para que lo entendais mejor, me voy. Monicacos, si no encontráis al papá ni á la mamá volved aquí por la noche; os improvisaré una cena y os acostaré en la alcoba donde habeis dormido esta noche.

Pero los dos pequeñuelos no volvieron; quizás los recogería algún agente de policía y los enviaría al depósito de la Prefectura, ó los robaría algún saltimbanqui, ó sencillamente se perderían en el inmenso torbellino de París. El bajo-fondo del mundo social está lleno actualmente de esos vestigios perdidos. Gavroche no volvió á ver á los dos niños.

Habían ya transcurrido diez ó doce semanas desde la noche que los recogió, y algunas veces se rascaba la parte superior de la cabeza y exclamaba:

—¿Dónde diablos estarán mis dos chiquillos?

Corriendo con la pistola en la mano había llegado á la calle de Pont-aux-Choux.

Notó que en dicha calle solo había una tienda abierta, y, suceso digno de reflexión, era una pastelería; había, pues, que aprovechar la ocasión providencial de comer un pastelillo de manzana antes de internarse en lo desconocido.

Gavroche se paró, se tentó á los dos lados, registró los bolsillos, los volvió del revés y no encontró en ellos ni la más exigua moneda de cobre; entonces gritó:

—Socorro!

Es muy duro privarse de comer un bocado cuando se tiene verdadera necesidad.

Gavroche no por eso se detuvo en su camino; poco despues estaba en la calle de San Luis.

Al atravesar la del Parque Real sintió vivísimos deseos de desquitarse del pastelillo imposible de manzana, y gozó del placer inmenso de rasgar en pleno día los carteles de los espectáculos.

Despues, al ver pasar un grupo de individuos bien vestidos, que le parecieron propietarios, alzó los hombros y escupió esta bocanada de bilis filosófica:

—Qué gruesos están esos rentistas! ¿Como que se regalan con buenos bocados! Preguntadles en qué gastan el dinero. No lo saben. Se lo comen. Lo dedican todo al vientre.

II.

Gavroche en marcha.

La agitación que produce una pistola sin gatillo que se lleva al descubier-to por la calle en pleno día es una función pública de tal índole, que aumentaba la verbosidad de Gavroche á cada momento.

Iba cantando fragmentos de la Marsellesa y diciendo:

—Todo vá bien. Me dolía la pierna izquierda, pero ya se me curó el reuma y estoy contento, ciudadanos. Como ahora los vecinos no tienen nada que hacer, voy á echarles unos versos subversivos. Vengo del boulevard, amigos míos, y se vá calentando poco á poco la caldera: empieza á cocer y pronto hervirá. Espumaremos el puchero. ¡Adelante los ciudadanos! ¡Que sangre impura inunde los muros! Doy la vida por la patria y ya no volveré á ver á mi concubina. Todo se acabó! Me es igual. ¡Viva la alegría! Luchemos, que estoy ya harto de despotismo.

Al decir esto, el caballo de un guardia nacional de lanceros, que pasaba por su lado, cayó en tierra. Gavroche dejó la pistola en el suelo, levantó al hombre y despues ayudó á levantar el caballo. En seguida volvió á tomar la pistola y prosiguió su camino.

En la calle de Thorigny reinaban la paz y el silencio: esta apatía, propia de los Marais, contrastaba con el inmenso rumor que la circuía.

En el dintel de una puerta estaban hablando cuatro comadres. La Escocia tiene tercetos de brujas, pero París tiene cuartetos de comadres, y el "Tú serás rey," sería tan lúgubre si se le dijese á Bonaparte en la enercujada Bandoyer, como dicho á Macbet en la selva de Armuyr; sería el mismo graznido poco más ó menos.

Las comadres de la calle de Thorigny solo se ocupaban de sus asuntos. Eran tres porteras y una trapera con cesto y gancho. Estaban de pié, como si fuesen las cuatro esquinas de la vejez; esto es, la caducidad, la decrepitud, la ruina y la tristeza.

La trapera era humilde. Entre la gente que vive al aire libre, la trapera saluda y la portera protege; la trapera estaba agradecida y se sonreía hablando con las tres porteras. Decían cosas tan importantes como las siguientes:

—Vuestro gato sigue siendo tan malo?
—Ya sabeis que los gatos son enemigos naturales de los perros, y los perros son los que se quejan.

—Y la gente también.

—Sin embargo, las pulgas de los gatos no se pasan nunca á las personas.

—Además, los perros son peligrosos. Me acuerdo que un año hubo tantos perros, que los pusieron en los periódicos. El año que tenían en las Tullerías unos borregos muy grandes que tiraban del cochecito del rey de Roma. ¿Os acordais del rey de Roma?

—Sí, pero yo quería más al duque de Burdeos.

—Yo conocí á Luis XVII, pero prefería á Luis XVIII.

—¿Qué cara está la carne, señora Patagon!

—Tiene un precio horrible; ¡no me habléis de eso!...

Intervino la trapera, diciendo:

—Señoras, pues el comercio está muy mal. Los montones de basura los echan rebuscados. No se tira nada, todo se come.

—Otros hay más pobres que vos.

—Eso es verdad; á lo menos yo tengo una profesion.

Medió una pausa; despues la trapera, cediendo á la necesidad de hablar que reside en la naturaleza, dijo:

—Al volver á casa por la madrugada, arreglo el cesto, elijo y formo montones en mi cuarto. Pongo los trapos en un canasto, los tronchos en un barreño, los pedazos de hierro en el baul, los de lana en la cómoda, los papeles viejos en el rincón de la ventana, lo que se puede comer en la cazuela, los pedazos de vidrio en la chimenea, los zapatos detrás de la puerta y los huesos debajo de la cama.

—Gavroche, que se había parado detrás de ellas, las estaba escuchando.

—Viejas! las dijo, ¿quién os mete á ocuparos de política?

El pilluelo recibió por respuesta un sofion cuádruple.

—Cállate, pillito!

—El muñeco lleva una pistola!

—Vaya un granuja!

—Vaya un mocoso!

Gavroche, despreciándolas, se limitó por toda represalia á levantar la punta de la nariz con la yema del dedo pulgar, abriendo enteramente la mano al mismo tiempo.

La trapera gritó:

—Vete! pilluelo! bribon!...

La que se llamaba señora Patagon, chocando una mano contra otra, exclamó escandalizada:

—Vamos á tener que lamentar muchas desgracias. El galopin que vive aquí al lado y gasta perilla sale todos los días dando el brazo á una jóven que lleva gorro de color de rosa, y hoy le he visto pasar dando el brazo á un fusil. Una portera, amiga mia, dice que la semana pasada hubo revolucion en... en... en Pontoise. ¡Y ahora pasa este pilluelo cargado con una pistola! Parece que los Celestinos están llenos de cañones. ¡Qué vá á hacer el gobierno con esos tunos, que no saben ya qué inventar para revolver el mundo, cuando empezaba á estar tranquilo, despues de tantos trastornos! Me acuerdo de la pobre reina, que yo ví pasar en una carreta. Todo esto, por supuesto, vá á ser causa de que suba el polvillo. ¡Eso seria una infamia! ¡Iré á ver cómo te guillotinan, galopin!...

—Te cae el moco, vieja, le dijo Gavroche. Límpiate ese promontorio.

Despues continuó su camino. Al entrar en la calle Parcé se acordó de la trapería y empezó este soliloquio:

—Haces mal en insultar á los revolucionarios, tia estercolera; te protege esta pistola, pues te sirve para que tengas en el cesto cosas buenas para comer.

De pronto sintió pasos tras de él: era que le habia seguido la portera Patagon, y que desde lejos le amenazaba con el puño, gritándole:

—Bastardo! pillo!

—Bah! repuso Gavroche. De eso me río á carcajadas.

Poco despues pasó por delante del hotel Lamoignon; entonces le sobrecogió un acceso de melancolía; contempló la pistola con aire de reconvencción, como si tratase de enternecerla, y dijo:

—Yo salgo y corro, pero tú no corres ni de tí sale el tiro.

Despues se encaminó hácia el Olmo de San Gervasio.

A. Gaultier Gaultier

Justa indignación de un peluquero.

El digno peluquero que echó de su casa á los dos pequeñuelos, á los que Gavroche habia abierto el vientre paternal del elefante, estaba en la tienda afeitando á un soldado veterano, condecorado con la Legion de Honor, que habia servi-

do en tiempo del Imperio. Conversaban, y el peluquero estaba hablando al veterano del motin, del general Lamarque y del emperador, de cuya charla resultó una conversacion entre barbero y soldado, que si la hubiese oido Prudhomme, enriqueciéndola con arabescos, la titularía: *Diálogo de la navaja y del sable*.

—Decidme, preguntaba el barbero, cómo montaba el emperador á caballo?

—Mal. No sabia caer; así es que no cayó nunca.

—Debia tener muy buenos caballos!

—El día que me concedió la cruz me fijé en su cabalgadura. Era una yegua corredora, enteramente blanca, con las orejas muy separadas; delgada de cabeza, en la que tenia marcada una estrella negra; de cuello largo, de rodillas fuertes, de costillas salientes, de lomo oblicuo. Tenia unos quince palmos de altura.

—Hermoso caballo! exclamó el peluquero.

—Era de su majestad imperial.

El peluquero creyó que despues de esas palabras debia hacer una pausa; calló un momento y despues dijo:

—El emperador solo una vez estuvo herido. No es verdad?

El veterano respondió con la entonación tranquila y soberana del hombre que lo ha visto:

—Sí; le hirieron en un talon en Ratisbona.

—¿Y á vos os han herido muchas veces?

—Eh! poca cosa! Recibí en Marengo dos sablazos en la nuca; en Austerlitz una bala en el brazo derecho; en Jena otra en la cadera izquierda; en Friedland un bayonetazo aquí; en Moscow siete ú ocho lanzadas; en Lutzen un disparo de obús me rompió un dedo... Ah!... en Waterlóc una bala de cañon me entró en el muslo... Nada más.

—¡Qué hermoso debe ser morir en el campo de batalla! exclamó el peluquero con arranque pindárico. Os aseguro, bajo palabra de honor, que preferiria, á morir en la cama de enfermedad lentamente, molido de drogas, de cataplasmas, de jeringas y de medicinas, morir recibiendo en el vientre una bala de cañon.

—No teneis mal gusto, le contestó el veterano.

Acabó de pronunciar estas palabras cuando resonó en la peluquería gran extrépito y quedó violentamente roto un vidrio del escaparate. El peluquero se quedó lívido.

—Ah, Dios mio! Aquí hay una! exclamó.

—Una... qué?

—Una bala de cañon.

—Aquí la teneis, le contestó el veterano sonriendo y poniendo en manos del barbero el objeto que recogió del suelo: era una piedra.

El peluquero se asomó por el vidrio roto y aun pudo ver á Gavroche que corria á escape hácia el mercado de San Juan. Al pasar el pilluelo por delante de la peluquería, recordó á los dos niños y no pudo resistir al deseo de saludar al barbero, y le tiró una piedra.

—Veis, señor? exclamó el dueño de la tienda. Ese granuja causa perjuicios solo por el gusto de hacer daño.

A. Gaultier Gaultier

El muchacho admira al viejo.

Entre tanto Gavroche estaba ya en el mercado de San Juan, cuyo cuerpo de guardia habian desarmado, y se habia incorporado al grupo que dirigian Enjolras, Courfeyrac, Combeferre y Feuilly. Todos iban armados. Bahorel y Juan Prouvaire les acababan de encontrar y aumentaron el grupo. Enjolras llevaba escopeta de caza de dos cañones; Combeferre fusil de guardia nacional, con el número de la legion, y en la cintura dos pistolas, que se le veian por bajo de la levita desabrochada; Juan Prouvaire manejaba un antiguo mosqueton de caballería y Bahorel una carabina. Courfeyrac blandia un estoque. Feuilly, con el sable desnudo, marchaba delante gritando:—Viva Polonia!

Venian del muelle Morland, sin corbatas y sin sombreros, agitados, mojados de lluvia y echando fuego por los ojos. Gavroche se acercó á ellos tranquilamente y les preguntó:

—A dónde vamos?

—Ven aquí, le respondió Courfeyrac.

Detrás de Feuilly iba, ó por mejor decir, saltaba Bahorel; tenia puesto su chaleco rojo y pronunciaba frases de destruccion. Este chaleco trastornó á un transeunte, que gritó atemorizado:

—Ya están ahí los rojos!

Bahorel vió asomado á una ventana á un jóven pálido, con barba negra, que los estaba viendo pasar, que indudablemente era un amigo del A. B. C., y le gritó:

—Pronto, cartuchos para bellum.

Tumultuoso acompañamiento seguia

á nuestros antiguos conocidos: estudiantes, artistas, jóvenes afiliados á la Courde de Aix, obreros, hombres bien vestidos, armados con palos y con bayonetas y algunos como Combeferre, con pistolas sujetas en las pretinas de los pantalones. Un viejo septuagenario iba también en el grupo. No llevaba arma alguna, y se apresuraba para no quedarse rezagado y caminando muy pensativo.

Gavroche, en cuanto le atisbó, le preguntó á Courfeyrac:

—Quién es ese?

—Un viejo.

Era el señor Babeuf.

A. Gaultier Gaultier

El anciano.

Enjolras y sus amigos estaban en el boulevard Bourdon, cerca del Pósito, en el momento en que los dragones dieron la carga. Enjolras, Courfeyrac y Combeferre formaban parte del grupo que habia pasado por la calle Bassompierre gritando:

—A las barricadas!

En la calle Lesdignieres encontraron á un anciano, que les llamó la atención porque iba haciendo eses, como si estuviese embriagado; además llevaba el sombrero en la mano, á pesar de haber llovido toda la mañana y de seguir lloviendo. Courfeyrac reconoció en aquel anciano al señor Babeuf, que conocia por haber acompañado á Mario algunas veces á casa de aquel. Como estaba enterado de las costumbres pacíficas y tímidas del antiguo mayordomo librero, extrañó verle allí, á dos pasos de las cargas de caballería, casi en medio del fuego, con la cabeza descubierta á pesar de la lluvia, y se acercó á hablarle. El insurrecto de veinticinco años y el octogenario entablaron este diálogo:

—Señor Babeuf, retiraos á casa.

—Por qué?

—Porque vá á moverse la gorda.

—Eso es bueno.

—Vá á haber muchos sablazos y muchos tiros, señor Babeuf.

—Eso es bueno.

—Van á cañonearnos.

—No importa. Vosotros dónde vais?

—A echar abajo al gobierno.

—Me parece muy bien.

Despues de este diálogo el anciano los siguió sin pronunciar ni una palabra más. Poco á poco iba andando con más segu-

ridad; algunos obreros le ofrecieron el brazo, pero él lo rehusó por medio de un movimiento de cabeza. Iba casi en la primera fila de la columna, teniendo á la vez el movimiento del hombre que marcha y el semblante del hombre que duerme.

—Es un anciano de muchos bríos! exclamaban algunos estudiantes. Entre el grupo corria el rumor de que era un antiguo convencional que habia votado la muerte del rey.

Entre tanto la columna insurgente se dirigia por la calle de la Verrerie.

Gavroche iba delante cantando á grito herido la siguiente cancion, haciendo las veces de clarín:

*La luna brilla en la esfera,
el bosque ya nos espera,
dijo Carlos á Carlota.*

*Tú, tú, tú,
á Chatú.*

*Yo tengo un Dios, tengo un rey,
tengo un liard y una bota.*

*Por comer dos cañamones
se embriagan dos gorriones
al pié de una encina rota.*

*Sí, sí, sí,
á Passy.*

*Yo tengo un Dios, tengo un rey,
tengo un liard y una bota.*

*Un tigre vió estos bobos
convertidos en dos lobos,
riendo los alborota.*

*Don, don, don,
á Meudon.*

*Yo tengo un Dios, tengo un rey,
tengo un liard y una bota.*

*Y pues la luna ya brilla,
vamos al bosque, chiquilla,
dijo Carlos á Carlota.*

*Tin, tin, tin,
á Pantin.*

*Yo tengo un Dios, tengo un rey,
tengo un liard y una bota.*

Los amotinados se encaminaban hácia Saint-Merry.

VI.

Reclutas.

La columna de insurrectos iba aumentando más cada momento. Hácia la calle de los Billetes se unió á ella un hombre de alta estatura que empezaba á encanecer, y cuyo rostro rudo y audaz llamó la atención de Enjolras, de Courfeyrac y de Combeferre, pero nadie le co-

nocia. Gavroche, que iba delante distraído, cantando, silbando y dando golpes en las puertas con la culata de la pistola, no se fijó en aquel hombre.

Al pasar por la calle de la Verrerie y al llegar á casa Courfeyrac, éste, que no llevaba dinero encima y que habia perdido el sombrero, se separó del grupo, se internó en su casa, subió los escalones de tres en tres, tomó un sombrero viejo, un bolsillo y un cofre cuadrado del tamaño de una maleta grande, que tapaba la ropa sucia. Al bajar la escalera la portera le llamó.

—Señor Courfeyrac!

—Silencio, señora! No me llameis por mi nombre.

La portera se quedó cortada.

—Ahora hablad. Qué se os ofrece?

—Hay ahí un jóven que quiere hablaros.

—Quién es?

—No le conozco.

—Dónde está?

—En vuestro cuarto.

—Demonio! exclamó Courfeyrac.

—Hace más de una hora que está esperando que volvais.

Diciendo esto la portera, apareció en la escalera un jovencillo pálido, delgado, pequeño, cuyo cutis tenia manchas rojizas; llevaba blusa agujereada y pantalón de terciopelo remendado; parecia una muchacha vestida de muchacho más que un hombre.

Se dirigió á Courfeyrac, preguntándole con voz que no era de mujer:

—El señor Mario ha venido?

—No.

—Volverá esta noche?

—No lo sé; yo sí que no volveré, añadió Courfeyrac.

El muchacho le miró fijamente, interrogándole:

—Por qué?

—Porque no.

—A dónde vais?

—Qué os importa!

—Quereis que os lleve el cofre?

—Es que voy á las barricadas.

—Quereis que vaya con vos?

—Si quieres!... la calle es libre, el empedrado es de todo el mundo, le respondió Courfeyrac con aire indiferente.

En seguida salió corriendo á juntarse con sus amigos. Cuando los encontró dió á uno de ellos el cofre para que lo llevara. Hasta un cuarto de hora despues no vió al jovencillo, que le habia seguido.

Los grupos numerosísimos de esta clase

no van precisamente donde quieren; el viento los arrastra. Pasaron por Saint-Merry y se encontraron, sin saber cómo, en la calle de San Dionisio.

LIBRO DUODÉCIMO.

Corinto.

I.

Historia de Corinto desde su fundacion.

Los parisienses que entren en la actualidad en la calle Rambuteau por la parte del Mercado, ven á la derecha, enfrente de la calle de Mondetour, una cestería, que tiene por muestra un canastillo que copia al emperador, con esta inscripcion:

NAPOLEON, HECHO DE MIMBRES,

é ignoran quizá las escenas terribles que se desarrollaron en aquel sitio hace treinta años (1).

Allí existian la calle de la Chanvrière y la célebre taberna llamada Corinto.

El lector recordará cuanto dijimos respecto á la barricada construida en dicho sitio, que eclipsó despues la de Saint-Merry; pues de esa famosa barricada de la calle de Chanvrière vamos á ocuparnos ahora.

Permitásenos recurrir, para que sea más clara la narracion, al medio sencillo que empleamos al hablar de Waterlío. Los lectores que quieran representarse con exactitud las manzanas de casas que se elevaban en esa época cerca de la punta de San Eustaquio, en el ángulo Norte de los Mercados de Paris, figúrense una N, tocando á la calle de San Dionisio por el vértice y por la base á los Mercados, y cuyos dos palos verticales serian la calle de la Grand-Truanderie y la de Chanvrière y el trozo transversal la calle de la Petite-Truanderie. La antigua calle Mondetour cortaba los tres trazos, formando los ángulos más tortuosos. El cruzamiento laberíntico de estas cuatro calles formaba, en un espacio de cien toesas cuadradas, entre los Mercados y la calle de San Dionisio por una parte y la calle del Cisne y de Predicadores por otra, siete manzanas de

casas, caprichosamente cortadas, de diferente magnitud, colocadas al través y como al acaso y separadas apenas, como los trozos de piedra de una cantera, por estrechas hendiduras.

Decimos estrechas hendiduras, porque no podemos dar idea más exacta de aquellas callejuelas oscuras, oprimidas, angulosas y flanqueadas por caserones de ocho pisos; eran estos caserones tan decrepitos, que en las calles de la Chanvrière y en la de la Petite-Truanderie las fachadas estaban apuntaladas con vigas desde una casa á otra. La calle era estrecha y el arroyo ancho, de modo que el transeunte andaba siempre por el piso mojado, costeando tiendas semejantes á cuevas, gruesos guardacantones, rodeados de aros de hierro, y montones de basura. La apertura de la gran calle Rambuteau devastó todo esto.

El nombre Mondetour indica maravillosamente las sinuosidades de aquellas calles, y estaban mejor expresadas aun por la de *Pironette*, que salia á la calle Mondetour.

El transeunte que pasaba desde la calle de San Dionisio á la de la Chanvrière la veia estrecharse poco á poco delante de él como si entrase en un embudo inmenso y prolongado. Al final de la calle cerraba el paso, por la parte del Mercado, alta fila de casas, y el transeunte creeria encontrarse en un callejon sin salida, si no descubriese á derecha é izquierda dos cortaduras oscuras por las que podia escapar, y que daban acceso á la calle de Mondetour, que iba á unirse por un lado á la de Predicadores y por el otro á la del Cisne y á la de la Petite-Truanderie.

En el fondo de dicho callejon y en el ángulo de la cortadura de la derecha se veia una casa menos alta que las demás. En esa casa, que solo constaba de dos pisos, estaba instalado, hacia tres siglos, un figon ilustre, que producía alegre ruido en el paraje que indica el viejo Teófilo en estos versos:

*Allí se mece el esqueleto horrible
del infeliz amante que se ahorcó.*

El sitio era bueno y los figoneros se sucedian de padres á hijos.

En tiempo de Maturin Regnier, este figon se llamaba *La Corona de Rosas*, y como entonces estaban en moda los geoglíficos, tenia por muestra una corona de rey, recortada sobre una tabla, pintada de color de rosa.

En el siglo anterior, el digno Natoire,

(1) Hace treinta años en la fecha en que Victor Hugo escribió *Los Miserables*.